



**Mennonite
World Conference**

A Community of Anabaptist
related Churches

**Congreso
Mundial Menonita**

Una Comunidad de
Iglesias Anabautistas

**Conférence
Mennonite Mondiale**

Une Communauté
d'Eglises Anabaptistes

Recursos didácticos

Una teología anabautista del servicio

Por Arnold Snyder

Ponencia presentada ante la Comisión de Diáconos del Congreso Mundial Menonita, en Basilea, Suiza, el 14 de mayo de 2012.

Hace varias semanas, Bert Lobe me pidió que describiera y reflexionara sobre cómo los anabautistas del siglo XVI concebían el servicio diaconal, y el modo en que se desarrolló históricamente el concepto y la práctica del servicio, considerando que este tipo de estudio podría brindarle a la Comisión de Diáconos del CMM la base para el debate y discernimiento.

La tarea resultó más compleja y difícil de lo que había imaginado. Tuve que volver a las fuentes e investigar bastante; aunque le dediqué mucho tiempo, lo que pude recabar era apenas el comienzo. Al repasar nuestra historia y los conceptos bíblicos que motivaron a nuestros antepasados de fe, espero que podamos sentirnos fortalecidos e inspirados.

Me habría gustado hacer cuatro cosas en esta presentación, pero sólo he logrado dos. A modo de introducción, ofreceré algunas observaciones generales sobre cómo los anabautistas hacían teología. En segundo lugar, resumiré la teología anabautista del servicio que surge de sus escritos del siglo XVI. A partir de dicho resumen, habría deseado aportar algunos ejemplos históricos sobre cómo la teología anabautista original del servicio realmente llegó a funcionar en la realidad histórica. Mi objetivo era no minimizar el ideal original, sino más bien señalar las dificultades históricas muy reales que existían para encarnar verdaderamente un ideal teológico. Por último, tenía algunas preguntas y comentarios para aportar al debate con la Comisión de Diáconos.

Dado que las limitaciones de tiempo no me permitieron elaborar el tercer y cuarto punto que había esperado abordar, quizá podamos tratarlos juntos tras mi presentación, en el momento del debate.

I. Los anabautistas y la teología

Habida cuenta de lo que entendemos generalmente en nuestra época como “teología”, quizá la mejor manera de empezar a abordar un tema que incluya en el título la palabra “teología”, sería aclarando cómo los anabautistas **no hacían** teología. Los anabautistas del siglo XVI prácticamente no hicieron ningún tipo de reflexión teológica sistemática o dogmática. Es decir, no consideraban las categorías trinitarias del Padre, Hijo y Espíritu Santo como temas intelectuales que precisaran ser aclaradas y explicadas. Daban por sentado las declaraciones sobre credos trinitarios que eran parte de su tradición cristiana en su conjunto. Afirmaban sencillamente “la fe”, como la denominaban, y cuando se les cuestionaba su fe, solían recitar el Credo de los Apóstoles. Por lo tanto, sería en vano indagar en los testimonios anabautistas esperando hallar la obra teológica sistemática y dogmática original. Los anabautistas sí pensaban “teológicamente”, es decir, pensaban, hablaban y escribían sobre Dios, la salvación por medio de Cristo, la renovación y el fortalecimiento a través del Espíritu Santo y la vida cristiana, pero no formulaban preguntas especulativas o dogmáticas ni ejercían la lógica silogística, común entre los teólogos de su época.

No obstante, los anabautistas realizaban una labor teológica creativa en varios otros campos. Primero y principal, tenían un profundo interés en las Escrituras y, en consecuencia, desarrollaron lo que llamaría una teología **bíblica**. Los anabautistas abordaban las Escrituras de una manera en la que hoy día se denominaría “ingenua”. Para ellos, las Escrituras eran simplemente la palabra escrita de Dios que daba testimonio del Dios vivo. Sin embargo, leían las Escrituras no en procura de verdades dogmáticas, sino con la esperanza de hallar verdad y luz en su peregrinaje como hijos de Dios.

Así, su labor bíblico-teológica se centraba en sus intereses prácticos –o como habría dicho Robert Friedmann, sus intereses *existenciales*– que guiaban su atenta relectura del Antiguo y Nuevo Testamento. Abundan las pruebas que evidencian dicha labor bíblica práctica en los registros judiciales y testimonios, en las concordancias bíblicas que publicaron, y especialmente en miles de himnos que escribieron, entonaron y publicaron. Cuando leían las Escrituras, procuraban la guía tangible de Dios en su vida. Como manifestaron más de una vez, creían que la palabra de Dios era una guía clara para los discípulos de Jesucristo, en la medida que –como cristianos postulantes– estuvieran listos y dispuestos a escuchar y obedecer.

La razón por la cual denominaría “teología” a la lectura anabautista de las Escrituras es porque se le imponía un orden lógico a los textos bíblicos, orden que no había en la colección original de textos de la Biblia. Su manera de organizar, leer e interpretar los textos bíblicos pone de manifiesto su teología bíblica. Demás está decir que otras personas del siglo XVI (y desde entonces) ordenaron, leyeron e interpretaron las Escrituras de un modo singular. La teología bíblica anabautista es identificable por un determinado orden y una particular interpretación que se aplica a la Biblia en su conjunto; la distingue un determinado “perfil” anabautista.

Los anabautistas no escribieron tratados por separado donde expresaran su teología bíblica como teología propiamente dicha; por consiguiente, cuando nos referimos a una teología bíblica anabautista, estamos extrapolando y describiendo la teología que es visible e implícita respecto al modo en que organizan las Escrituras. Haría falta un debate más extenso, pero creo que se podría demostrar que existe una teología bíblica anabautista sustancialmente coherente, en base a las afirmaciones anabautistas de fe y práctica de la mayoría de los bautizadores del siglo XVI.

Además de desarrollar una teología bíblica, los anabautistas expresaron también una teología **espiritual**. Deseaban saber cómo Dios, mediante las Escrituras, les guiaba de vuelta a la presencia y el reino de Dios. En tanto reflexionaban bíblicamente sobre estas cuestiones, llegaron a la conclusión de que estaban siendo llamados por el Dios vivo, primero y fundamentalmente, para arrepentirse y nacer de nuevo espiritualmente. Creían que la Biblia contenía la regla de vida para los discípulos y señalaba al Dios vivo, quien llamaba a sus hijos para que lo siguieran. Tenían claro que la regla de vida que leían en las Escrituras sostenía que la vida de todos debía reorientarse fundamentalmente –había que “ponerla patas arriba”– si es que se iba a comenzar a andar por el Camino de Cristo. Se accedía al Camino de Cristo mediante el arrepentimiento, naciendo de nuevo espiritualmente y sujetándose a la voluntad de Dios. O, en otras palabras, los anabautistas expresaban una teología espiritual en su interpretación del significado de los términos bíblicos.

En tercer lugar, la teología anabautista era también una teología sumamente **práctica**. Los anabautistas sabían que la renovación espiritual y la conversión eran reorientaciones existenciales fundamentales, aunque leían en las Escrituras que quienes nacían de nuevo espiritualmente se convertían en personas nuevas, aquí y ahora, y vivían una nueva vida, aquí y ahora. Entonces, el nacimiento espiritual tiene un resultado práctico. Quienes nacen de nuevo espiritualmente en Cristo, encarnarán una vida en este mundo a semejanza de Cristo. La teología práctica anabautista tenía una base bíblica, aunque más específicamente, una base cristológica en la vida y enseñanzas de Cristo.

Si terminara aquí el relato anabautista, estaríamos describiendo un movimiento reformista individual. Los anabautistas, sin embargo, estaban convencidos de que la regla de vida que leían en la Biblia llevaba a las personas, *inevitablemente*, a convertirse en miembros de la comunidad de creyentes, el cuerpo de Cristo. Conforme leían e interpretaban el relato bíblico, los anabautistas veían que Dios procuraba continuamente un vínculo con su pueblo *como pueblo*, comenzando con Adán, luego con Israel y

después con la comunidad de creyentes, por medio de Jesucristo. Leían en las Escrituras que la comunidad de creyentes era el Cuerpo de Cristo, un cuerpo cuyos miembros eran creyentes arrepentidos, convertidos y nacidos de nuevo. Así, la búsqueda teológica práctica, espiritual y bíblica de los anabautistas llevó a una determinada **eclesiología** o concepto de la iglesia, que una vez más, tenía una base cristológica. La iglesia es la esposa elegida de Cristo, el Cuerpo de Cristo, del cual Él es esposo y cabeza.

Pero, llegamos finalmente a la pregunta si nuestros antepasados de fe anabautista tenían una **teología del servicio**. La respuesta es, desde luego que sí. Su concepto del servicio se basaba en la Biblia; esperaban que aquellos que habían nacido de nuevo espiritualmente y que fueron bautizados en el Cuerpo de Cristo, llevaran una vida dedicada a amar y servir; y, consideraban que la iglesia era el sitio principal donde se encarnaba, fomentaba y practicaba el servicio cristiano. Creo que podríamos asegurar que no sólo es posible encontrar una teología del servicio en los testimonios anabautistas, sino que incluso debemos decir que el servicio es integral al concepto anabautista de la vida cristiana.

En documentos aparte, he recopilado referencias bíblicas sobre servicio y diaconía (*diakonia*), como así también algunas afirmaciones anabautistas sobre dichos temas. A continuación, procuraré resumir y organizar una gran cantidad de material a modo de una breve descripción de la teología anabautista del servicio, según las palabras y testimonios de los propios anabautistas del siglo XVI. Descubrí que podía hacer un buen esbozo de la teología anabautista del servicio sólo leyendo detenidamente los primeros himnos del *Ausbund* [primer himnario anabautista], que se compusieron en un calabozo de un castillo de Passau en 1536. Estaré citando extensa y principalmente de dichos himnos. Los puntos de vista de los primeros letrados de himnos no son exclusivos de ellos; más bien, son las mismas interpretaciones que figuran en una amplia variedad de testimonios anabautistas, de todas las regiones.

II. Una teología anabautista del servicio

La teología anabautista del servicio se asemeja a una planta cuyas raíces se extienden en varias direcciones a la vez. Es difícil ser sistemático al describir este sistema de raíces, ya que a veces las raíces se enredan unas con otras. No obstante, he identificado seis 'raíces' principales de la teología anabautista del servicio, junto con algunos derivados y subtemas. La modalidad organizativa es mía –no hay ningún escrito anabautista que haya organizado el 'sistema de raíces teológicas' de esta manera–, pero mi descripción ha sido extraída directamente de los escritos anabautistas, y creo que las fuentes hablan por sí solas.

En general, la teología anabautista del servicio se puede describir en relación a lo siguiente:

1. Dios el Creador
2. Jesucristo
3. El Espíritu Santo
4. La Iglesia, Cuerpo de Cristo
5. Exhortaciones y ejemplos bíblicos
 - 5.1 El ejemplo de Cristo: el amor en acción
 - 5.2 La ley del amor
 - 5.3 Servicio
 - 5.4 Generosidad
 - 5.5 Bienes
 - 5.6 Mayordomía
6. Afirmaciones litúrgicas
 - 6.1 Bautismo
 - 6.2 La Cena del Señor
 - 6.3 Lavado de pies
 - 6.4 El "arca" o fondo común

1. Dios el Creador

La teología anabautista del servicio está arraigada, ante todo, en el reconocimiento profundo de lo que significa afirmar que Dios es el Creador de todo cuanto existe. En el *Ausbund*, primer himnario anabautista que se haya publicado, himno 107, estrofas 2, 3 y 4, se dice de Dios: “Su poder es increíblemente grande. Él abarca todas las cosas, estén lejos o cerca. ... Ha dispuesto la altura, la profundidad, la amplitud, y también la magnitud. Las ha rodeado con su Palabra. ... Todo lo creado existe en Dios. Él ha engendrado todo lo que tenga vida.” En el himno 111 del *Ausbund*, el letrista habla de Dios, maravillado, y en una bella imagen, afirmaba que, “Dios contiene a los seres humanos como la manzana a las semillas”. Pese a que Dios creara todo cuanto existe y tiene vida, la bondad armoniosa original desapareció cuando la humanidad “acató el consejo de la serpiente”. (*Ausbund* 107, estrofa 6). Por ello, la humanidad cayó en el pecado.

Parece un relato teológico cristiano normal sobre la creación y la caída, hasta que leemos el siguiente comentario sobre los bienes, en el himno 108 del *Ausbund*:

(estrofa 19)

La Iglesia de Dios no puede existir donde la vida se viva posesivamente (con avaricia), dado que Jesucristo no está donde está la avaricia. Es obra del diablo (la avaricia), que, a su vez, usurpó propiedad privada cuando se rebeló contra Dios, quien ha dado vida a todas las cosas.

Al considerar todo ello en el contexto de la buena creación de Dios y la caída de la humanidad en el pecado, parece que para dicho letrista anabautista de himnos era evidente que la tendencia humana a “caer” en la posesividad, avaricia y codicia, es sencillamente la contribución del diablo a nuestra existencia, y no una expresión de la voluntad original de Dios para la humanidad. Es necesario rechazar a Satanás, una conversión que repruebe el mundo de rebelión del diablo contra Dios. Una conversión que repudie el egoísmo, que rechace adueñarnos de los bienes del mundo como si fueran nuestros. Seguir a Jesucristo significa negarnos a caer en rebelión contra Dios.

Dichos anabautistas creían que las Escrituras eran inequívocas: toda la creación es, de hecho, la creación de Dios. No podemos pretender “ser dueños” de nada. Cuando nos convertimos en hijos de Dios en vez de hijos del mundo, vemos esta verdad con claridad y se espera que actuemos en consecuencia.

En el himno 108 del *Ausbund*, se citan dos ejemplos bíblicos sobre posesividad y avaricia: Éxodo 16:14-36 y Hechos 5:1-11. Cuando Dios les dió maná a los israelitas en el desierto, “quien tomara más de lo que pudiera comer, se le agusanaría”. Aquí Dios les enseña una lección a los acaparadores: Dios provee lo necesario, pero no permite acumular los dones de Dios más allá de lo que fuera necesario. En otro ejemplo, el libro de Hechos nos dice que Ananías afirmaba que le había llevado a Pedro todos sus bienes terrenales, aunque en realidad estaba reteniendo algunos de ellos. Por mentirle al Espíritu Santo, cayó muerto. El himno concluye:

(estrofa 23)

Dios castiga a la multitud codiciosa dado que él creó cada cosa que existe. Quien quiera poseer algo para sí, ha quebrantado el consejo. Roba el honor del Más Alto.

Tendrá su recompensa, por tanto, en el infierno, junto con el hombre rico.

En este sencillo sermón cantado se halla el esbozo de una teología anabautista de la creación y el entendimiento de cómo los seguidores de Cristo deberían poseer bienes. Apropiarnos de bienes es, de hecho, pretender adueñarnos de lo que es de Dios y no nuestro. En la crónica bíblica, los anabautistas leen que el principio de la norma económica bíblica para los creyentes es la suficiencia, cubrir las necesidades básicas para vivir, no acumular excedentes. Quienes acaparan más de lo que necesitan, demuestran su constante lealtad al ángel caído Lucifer y su falta de confianza en Dios. Los anabautistas reafirmaban una cita preferida de los campesinos del siglo XVI: ¡la tierra es del Señor!

Se trata de una perspectiva teológica de sencillos creyentes que nos lleva a reflexionar hoy día sobre nuestro mundo tan ávido de excedentes y cuyo medioambiente sufre una gran degradación. Nuestro mundo sería un lugar muy distinto si la mayoría (o incluso una minoría importante) de los dos mil millones de cristianos que se estima que viven actualmente, reconociera que debemos honrar la creación de Dios como un bien sagrado; que es necesario que pensemos seriamente sobre “cuánto es suficiente”; que, en base a nuestras convicciones cristianas, deberíamos cuestionar el concepto de que el mundo es un campo de tesoros sin cultivar, a ser saqueado a voluntad por los más rápidos y más fuertes.

2. Jesucristo

Central al pensamiento anabautista sobre el servicio y la vida cristiana, está Cristo Jesús, Dios encarnado, el Salvador de la humanidad pecadora.

La teología anabautista es marcadamente cristocéntrica de al menos tres maneras. Primero, nuestros antepasados de fe anabautista afirmaban a Jesús, el Cristo, sin vacilar. Pero, en segundo lugar, afirmaban también que Jesús era el Señor vivo y resucitado, que concedía un nuevo nacimiento a los creyentes mediante el poder del Espíritu Santo. Por medio del nuevo nacimiento, el Señor resucitado venía a morar en el corazón de los creyentes. Y, por último, nuestros antepasados de fe afirmaban también que el Jesús revelado en los Evangelios era el maestro, ejemplo y modelo que los discípulos deberían procurar seguir. Los escritos anabautistas brindan numerosos ejemplos de todas estas afirmaciones cristológicas.

2.1. Jesucristo trae salvación

El himno 107 del *Ausbund* canta la historia de la salvación en 38 estrofas. Empieza, tal como hemos visto, contando del poder indeciblemente grande de Dios, creador de todo cuanto existe, de la caída en desgracia de la humanidad, y el esfuerzo de Dios en restaurar a la humanidad mediante la ley, que el himno denomina, “una sombra a fin de revelar la esencia celestial” (estrofa 12). En la estrofa 14, el himno pasa a referirse a Jesús, comenzando así: “Cristo el cordero llegó a la tierra y asumió la “condición humana”, y luego relata cómo por medio de Cristo, Dios tomó forma humana y sufrió “una amarga muerte por nuestros pecados y culpas” (estrofa 19). Tras su resurrección y ascensión, Jesús envió al Espíritu Santo a consolar a “todos los que tienen fe en él” (estrofa 21).

Aquí nos encontramos con un concepto sustancialmente ortodoxo de la obra de Cristo en la cruz, como el bondadoso autor de nuestra salvación. Si Cristo no hubiera venido a la tierra, y no hubiera sufrido y muerto por nosotros, no habría nada más que decir. Los anabautistas eran verdaderamente evangelistas al destacar las Buenas Noticias de la salvación por medio de Cristo.

2.2. Jesús el Señor resucitado trae un renacimiento espiritual

A partir de la estrofa 22 del himno 107, cambia el énfasis de la obra salvífica de Cristo en la cruz **para nosotros** (el enfoque evangelista), destacando la necesidad de responderle a Cristo y su posterior obra **en nosotros** (la continuación anabautista del enfoque evangelista). Se trata de un giro cristológico decisivo, fundamental para todas las afirmaciones teológicas; a mi entender, constituye un singular enfoque entre las teologías de la Reforma. El énfasis en la labor de Cristo “en nosotros”, llevó a los cristianos anabautistas en una dirección firmemente encarnada y práctica. Al retomar el himno del *Ausbund*, la estrofa 22 dice lo siguiente:

Ahora observen bien cómo deberían ser receptivos a Cristo.
De todo corazón, deberían hacer un pacto con él, y apartarse de todo pecado.
Así tendrán un corazón limpio.
Cristo se inclina e insufla su Espíritu en ustedes. Él les dará un nuevo nacimiento.

Esta estrofa es notable en cuanto a lo que afirma. Obsérvese primero que, aunque Dios haya ofrecido bondadosamente la salvación por medio de Cristo, aún debemos responder a dicho ofrecimiento de gracia para que sea eficaz en nosotros: debemos volvernos “receptivos a Cristo”. Nuestro estatus no

cambia simplemente “para nosotros” por el sacrificio de Cristo; como creyentes, debemos “recibir” a Cristo por medio de un nuevo y fundamental nacimiento purificador. Al respecto, otros escritos anabautistas se refieren al arrepentimiento, a entregarse a Dios, y a la conversión. Este himno dice simplemente que debemos “hacer un pacto” y apartarnos de nuestros pecados. Los anabautistas creían que la invitación de Dios exigía una respuesta y el consentimiento de los seres humanos, sino la misericordia ofrecida por medio de Cristo quedaría incumplida.

El “pacto” al que se refiere el himno constituye fundamentalmente un cambio de actitud. Otros letrados anabautistas se refieren a un “pacto de buena conciencia” ante Dios, refiriéndose a 1 Pedro 3; y otros a un bautismo espiritual. Lo que queda claro es que se establece con Dios un nuevo pacto espiritual “de todo corazón”. El resultado es un renacimiento espiritual, el don de la gracia del Señor Resucitado.

La siguiente estrofa de este himno es aun más notable por la manera en la que describe el nuevo nacimiento en Cristo.

(estrofa 23)

Si el Señor Dios les brinda su Espíritu y ya no se aferran a criatura alguna, entonces ustedes también serán una **morada de la divinidad pura, de su manera y naturaleza.**

Probarán en su corazón su bondad y su gran poder, para lo cual se mantendrán despojados y serenos (*gelassen*)

(estrofa 24)

Por tanto, si ustedes viven en Cristo y no se resisten, Dios les ha dado un nuevo nacimiento de agua y del Espíritu Santo para que sean llamados hijos nacidos de Dios. Conocen a su Padre sólo por medio de Jesucristo, que se ha convertido en su mediador.

(estrofa 25)

Si han tocado a Cristo, ahora serán guiados e impulsados por el Espíritu Santo que les orienta a la verdad y les cubre con la justicia de Dios.

Aquí vemos una visión exaltada, casi mística del Cristo vivo, que mora en el creyente que se rinde. Dichos anabautistas cantaban cómo la manera y carácter de Cristo llegaba a morar en su corazón, del poder divino que se encarnaba y manifestaba en y por medio de ellos.

Cuando Menno Simons describía el nuevo nacimiento, empleaba imágenes igualmente exaltadas. Él decía que, a quien le hubiesen sembrado la semilla de la Palabra de Dios en el corazón, le sería concedido el mismo poder desde lo alto, bautizado con el Espíritu Santo, y estaría tan unido y entremezclado con Dios que se convertiría en partícipe de la naturaleza divina, conforme a la imagen de su Hijo. (citado en W. Klaassen, *Anabaptism in Outline*, 153).

¡Los anabautistas eran creyentes que estaban llenos del Espíritu Santo!

3. El Espíritu Santo

Las raíces de la teología anabautista del servicio ya empiezan a enredarse. Es Dios quien reina sobre la creación, y quien merece todo honor y alabanza; es Cristo quien ofrece salvación a la humanidad, quien brinda la posibilidad de un nuevo nacimiento, y quien viene a morar en el corazón de los creyentes; es el Espíritu de Cristo quien realiza esta obra, o es el Espíritu de Dios, o es el Espíritu Santo: ¿existe alguna diferencia entre estos Espíritus denominados diferentemente?

Tal parece que las distinciones dogmáticas entre las personas y las funciones de la Trinidad no les importaba tanto a los anabautistas. No se preocupaban demasiado por hacer una clara distinción entre los diversos nombres para la manifestación del poder espiritual de Dios. Lo que les importaba era el Espíritu divino y la obra del Espíritu, no el nombre “correcto” para dicho Espíritu. No obstante, los anabautistas sí se referían frecuente y específicamente al Espíritu Santo y a la labor del Espíritu Santo.

Por ejemplo, en los escritos que resumen los credos, se describe el Espíritu Santo en términos ortodoxos como la tercera persona de la Trinidad. Pero, con mayor frecuencia leemos sobre la labor del Espíritu Santo que renueva y sostiene a los creyentes.

Muchas veces el nacimiento espiritual, que impulsa a los creyentes a ser partícipes de la naturaleza divina, es referido como la obra del Espíritu Santo, según las palabras de Menno Simons expresadas anteriormente. En 1526, Balthasar Hubmaier escribía lo siguiente en una confesión de fe:

Creo y confío que el Espíritu Santo ha venido a morar en mí, y que el poder del Dios todopoderoso ha protegido mi alma como el de María, que fui concebido un hombre nuevo, y he nacido de nuevo de tu Palabra viva e inmortal, por medio del Espíritu. (citado en W. Klaassen, *Anabaptism in Outline*, 25)

El Espíritu Santo obra en el alma de de los creyentes como en el de María, generando el nacimiento de un nuevo ser humano.

Peter Riedemann escribía en 1542:

Creemos que ... [el Espíritu Santo] también nos enseña, dirige e instruye, nos asegura de que somos hijos de Dios, y obra para que seamos uno con Dios, para que así, por medio de su obra, nos integremos y seamos partícipes de la naturaleza y carácter divinos. Y esta es su obra por medio de la verdad y el poder –¡alabado sea Dios! –, que vivenciamos dentro de nosotros: la renovación de nuestro corazón. (citado en W. Klaassen, *Anabaptism in Outline*, 78)

Riedemann emplea también aquí el lenguaje elevado de “incorporación” en la naturaleza divina, y lo denomina la obra del Espíritu Santo. En el escrito de Riedemann, se refleja además su testimonio personal, cuando dice: “vivenciamos dentro de nosotros”, la obra del Espíritu Santo de “verdad y poder” en nuestros corazones renovados.

Para citar a un testigo anabautista más, en 1556 Dirk Philips (colaborador de Menno Simons), describía detalladamente el proceso espiritual del nuevo nacimiento:

...toda persona (que haya llegado a la edad de razonar y saber distinguir el bien del mal), por la iluminación, acción y declaración del Espíritu Santo, debe nacer de nuevo como un nuevo ser divino, ¡sí!, en comunión y semejanza con Cristo Jesús. Debe transfigurarse en la misma imagen, de gloria en gloria, pero todo mediante el Espíritu del Señor (II Corintios 3:18) y, de esta manera, por el Espíritu Santo, creada nuevamente a imagen y semejanza de Dios mediante Jesucristo. (citado en W. Klaassen, *Anabaptism in Outline*, 67-8)

Podría parecer que estamos muy lejos de una “teología del servicio”, y que hemos entrado de casualidad a una reunión de avivamiento. Pero, en realidad, el nacimiento espiritual de los hijos de Dios constituye el cambio fundamental que lleva a una teología del servicio. Es el nacimiento espiritual de la persona nueva lo que cambia la antigua relación “caída” de la humanidad con Dios y con la creación de Dios; la “transfiguración espiritual en la semejanza de Jesucristo” conduce al destino siguiente del peregrinaje espiritual: la iglesia, el Cuerpo de Cristo.

4. La Iglesia, Cuerpo de Cristo

El nuevo nacimiento en Cristo es un renacimiento espiritual del individuo, aunque los anabautistas creían que el pacto espiritual que emana del corazón, debía distinguirse por la señal del pacto externo del bautismo de agua. El nuevo nacimiento es integralmente un nacimiento “de agua y del Espíritu Santo”. Como señal del pacto, el bautismo de agua es, por tanto, un testimonio público del nuevo nacimiento que se produjo internamente, por medio del poder del Espíritu Santo. El resultado del nuevo nacimiento interno es un compromiso público, mediante el agua, con una nueva vida de rectitud, y un compromiso en la compañía de otros miembros bautizados del Cuerpo de Cristo. Y, el bautismo es también un compromiso a soportar posibles sufrimientos, que los anabautistas denominaban el bautismo de sangre.

Himno 108 del *Ausbund* (estrofa 5)

El bautismo es en Jesucristo un pacto nacido de la buena conciencia. (1 Pedro 3:21)
(estrofa 12)

El Señor Jesucristo, por tanto, nos asigna tres testigos.

Dos se denominan agua y Espíritu. El tercero, sangre, es decir, sufrimiento.

(estrofa 13)

En el bautismo, por ende, uno será recibido en la hermandad.

(estrofa 14)

Así como la hermandad es en Jesucristo, aprendan a reconocerla en el cuerpo.

Allí los miembros estarán juntos, y residirán en el mismo lugar.

Así también en Jesucristo, su Iglesia está incluida en él.

Ella [la iglesia] es únicamente su cuerpo, impregnada de su poder.

En la lectura anabautista de las Escrituras, la comunidad de creyentes se convierte en el Cuerpo de Cristo, basado en el bautismo de agua como la señal externa del pacto de Dios, que da testimonio del nuevo vínculo del pacto entre Dios y su pueblo, que se remonta a las intenciones originales de Dios. Tal como escribiera el líder anabautista Peter Riedeman, Dios primero hizo un pacto con Adán, luego con Abraham y sus descendientes, después con el pueblo de Israel por medio de Moisés, estableciendo finalmente un nuevo pacto espiritual por medio de Jesucristo. Riedeman escribía:

Este es el pacto de la libertad inocente; del cual nosotros también somos los niños, si nos permitimos ser sellados por dicho pacto, sometiéndonos y entregándonos a su obra. (citado en W. Klaassen, en *Anabaptism in Outline*, 157)

Es necesario “entregarse” al Espíritu Santo para aceptar un renacimiento espiritual, y es necesario “entregarse” al Cuerpo visible de Cristo para ser “sellado” por el bautismo de agua como señal visible del pacto. El poder del bautismo de agua radica en el pacto espiritual; no obstante, el agua no es opcional. Fue ordenado por Cristo y nos reúne visiblemente como un solo cuerpo, individuos que han conocido al Dios vivo y que han nacido de nuevo como personas nuevas. Los miembros nacidos de nuevo se reúnen juntos, subsumiendo su individualidad en la hermandad y comunión unos con otros y con su cabeza, Jesucristo. No se trata de un club social informal o una reunión de interés personal. La comunión de creyentes bautizados, el Cuerpo de Cristo, constituye una comunión y hermandad radicalmente nueva, empoderada por el propio Cristo e “impregnada del poder de Cristo”, como dice el himno del *Ausbund*.

Para muchos de nosotros hoy día, la frase bíblica “Cuerpo de Cristo” es una descripción metafórica de la iglesia: la iglesia es “como” un cuerpo. Los anabautistas, por otra parte, entendían la frase literalmente. Ellos creían que la iglesia debía ser el Cuerpo encarnado de Cristo en la tierra, empoderado por el Espíritu de Cristo, demostrando concretamente (encarnando) el amor de Cristo para el mundo por medio de sus acciones. La iglesia como el Cuerpo de Cristo no es ni más ni menos que la continuación literal de la encarnación de Cristo.

A esta altura, bien podríamos preguntar si hoy día estamos preparados para aceptar esta afirmación decisiva, camino a una teología anabautista del servicio. Considerar el “Cuerpo de Cristo” como una *metáfora* de la iglesia, mantiene la realidad del caso a cierta distancia: somos “como” extremidades y miembros del Cuerpo de Cristo, y nos aproximamos a las funciones a la manera de Cristo. Afirmer, tal como lo hicieron los anabautistas, que eran miembros literales del Cuerpo de Cristo, requiere una *encarnación* de la vida de Cristo, no una aproximación. La teología anabautista del servicio está basada en esta convicción.

Para ser el Cuerpo encarnado de Cristo visiblemente presente y activo en el mundo, la iglesia y sus miembros necesitarán el poder y apoyo divinos. La teología anabautista del servicio estaba basada firmemente en el concepto de que los miembros del Cuerpo de Cristo estaban empoderados por el Espíritu Santo para vivir como la personificación de Cristo: recuerden las sublimes afirmaciones místicas acerca del poder divino que vive dentro de nosotros. De hecho, muy pronto se torna evidente que el concepto radical anabautista de la iglesia como el Cuerpo de Cristo, constituye un paso clave camino a una teología radical del servicio.

La primera conclusión a la que llegaron los anabautistas respecto a la naturaleza del Cuerpo de Cristo fue que habría paz, unidad, amor y solidaridad económica radical en dicho cuerpo. Veamos cómo el letrista del himno 108 del *Ausbund* describe* la iglesia:

(estrofa 18)

... Su hermandad es por medio de Jesucristo, y verdaderamente por su paz.

Así como una barra de pan está integrada por muchos granos, así la Iglesia de Dios es una sola. Renuncian a sus propios bienes.

Para los anabautistas, la lógica de todo ello era muy clara: mediante nuestro arrepentimiento, conversión y renacimiento espiritual en manos de Dios, nos hemos convertido en personas nuevas que han renunciado a las antiguas lealtades. ¡Adiós a Satanás y a la seducción ciega de “poseer” supuestamente lo que es legítimamente de Dios! Adiós a la vida dedicada a uno mismo y al pecado. Al nacer de nuevo, nos convertimos en hijos de Dios y en miembros del Cuerpo de Cristo; ya no recibimos nuestras órdenes en base a nuestros deseos individuales o a los valores del mundo, sino a partir de escuchar la voz de Dios y seguir a su hijo obedientemente. Nuestros pactos espirituales y del bautismo de agua son testimonio de este “giro” radical de nuestra naturaleza, de nuestro ser y de nuestras lealtades. Una renovación espiritual radical resulta entonces en una actitud radicalmente nueva respecto a la creación, respecto a las hermanas y hermanos, y respecto a los bienes.

A la cabeza del Cuerpo de Cristo está Cristo mismo, el esposo divino, con quien ahora están unidos los creyentes. Los letristas anabautistas recurrieron frecuentemente a las palabras y al ejemplo de Cristo mismo, a fin de brindar las líneas generales de su teología práctica, como se verá más abajo. Pero es importante destacar aquí que la base de su teología práctica del servicio era en primer lugar, espiritual, y en segundo lugar, ejemplar. Los anabautistas no instaban a los creyentes a “imitar” simplemente a Jesús como discípulos, sino fundamentalmente a internalizar y asumir el carácter y las virtudes de Cristo como personas. Creían que el poder de servir a los demás provenía de Cristo [que estaba] en nosotros y con nosotros. Es este poder espiritual lo que permitía que una vida como la de Cristo fuera posible: personas nuevas que vivieran de nuevas maneras.

El letrista del himno 119 del *Ausbund* describe a Cristo que moraba en nosotros, como la presencia de la virtud del servicio de Cristo.

(estrofa 8)

Tomen en serio, por tanto, la virtud de Jesucristo, quien en ningún momento procuraba ser servido.

Él dijo, “No he venido para ser servido, (Mateo 20:28) sino para dar la vida por los piadosos”

(estrofa 9)

De tal modo, demuestra la humildad y mansedumbre, además el gran amor que él manifestó cuando estaba en la tierra con sus discípulos.

Él les lavó los pies y les demostró amor. (Juan 13:4-5, 34-35)

(estrofa 10)

Les habló de esta manera: “Sientan de corazón, lo que he hecho por ustedes.

Guárdenlo como un ejemplo, cumpliéndolo. Deberían cumplirlo de este modo: amándose unos a otros. Es la voluntad de mi padre que nadie abandone a nadie”.

Por medio de sus palabras y ejemplo, Jesús instaba y demostraba su voluntad de servir a los demás por amor, y les pedía a sus seguidores, los miembros de su Cuerpo –decían los anabautistas–, a ser y hacer de igual modo.

Los anabautistas no sólo reivindicaban las palabras y las acciones de Jesús como exhortaciones o ejemplos; procuraban fundamentalmente la presencia de Cristo “en su corazón”, como el poder capacitador que les permitiría ser servidores también. Es así que Dirk Philips escribía:

Las nuevas criaturas en Cristo Jesús son quienes nacen de nuevo, merced a Dios el Padre celestial por medio de Cristo Jesús, y son renovados y santificados mediante el Espíritu Santo, convirtiéndose

en partícipes de la naturaleza divina, del ser de Jesucristo, y del carácter del Espíritu Santo. (Dyck, Keeney, Beachy, *Writings of Dirk Philips*, 310)

El propósito y el objetivo siempre fueron no “imitar” simplemente las acciones de Cristo u obedecer sencillamente los mandamientos, sino más bien **llegar a ser** cada vez más como Cristo.

Por consiguiente, había realmente grandes expectativas para la comunidad bautizada de los nacidos de nuevo, el Cuerpo encarnado de Cristo: se unirían en el amor de Dios tal como fue manifestado por Jesucristo su Señor. Como miembros del Cuerpo de Cristo mismo, se han “revestido” de la virtud misma de Cristo.

Himno 119 del *Ausbund* (estrofa 19)

Mantengamos por tanto diligentemente la unidad en el Espíritu. Efesios 4:3-4.

Unidos en la fe, como Pablo nos ordena, aun por medio de lazos de paz, ahora y siempre, dado que somos todos miembros conformando un solo cuerpo.

(estrofa 20)

¡Oh, amados hermanos y hermanas juntos! Dado que somos todos miembros de un solo cuerpo, mostrémonos fidelidad y amor,

por lo cual Dios será alabado en su trono más alto.

(estrofa 21)

Porque él, ante todo, ha ordenado amar, lo que debemos procurar siempre hasta la muerte. Cumplan la ley, precisamente como nos ha mostrado.

Revístanse, por tanto, de la virtud de Jesucristo.

Ya debería haber quedado claro que un enfoque radical respecto a los bienes estaba basado, primero, en un nuevo concepto del mandato de Dios sobre todos; segundo, en el concepto radical del evangelio respecto a la obra de Cristo para nosotros y en nosotros; tercero, un renacimiento espiritual que nos recreaba como hijos de Dios, y cuarto, un nuevo concepto de lo que significaba haberse convertido en un miembro del Cuerpo vivo de Cristo. El resultado era el conocimiento radical de lo que significaba recibir y compartir los dones de Dios.

Todos recibimos dones de Dios el creador –espirituales y materiales–, y como miembros del único Cuerpo del Hijo de Dios nos alegra compartir estos dones cuando los recibimos.

Himno 108 del *Ausbund* (estrofa 25)

Cuando les haya sido otorgado el don, deben también ser serviciales con su vecino, para que él también, como miembro, sea sostenido para la vida.

Oh, cuán bueno es cuando los hermanos y hermanas en Jesucristo viven juntos en unidad aquí en el tiempo y tienen todas las cosas en común. (Salmos 133:1)

(estrofa 26)

Los miembros de Cristo comparten dones espirituales y físicos.

Cuentan, por tanto, con el reino divino

e, igualmente con la hermandad divina.

Tal Iglesia, elegida sólo para honrar a Dios, no beneficia a individuo alguno.

Él le ha dado a ésta un nuevo nacimiento.

(estrofa 27)

Sólo a esta Iglesia le es dada a Cristo como esposa

que evita todos los pecados en el tiempo y vive con pureza.

Oh, Iglesia de Dios, ¡mantén puro tu matrimonio! No permitas que el Rebelde te lo quite. Quiere arrebatarte a Cristo.

Los miembros del Cuerpo de Cristo se han apartado de la caída de Adán en el pecado, de la tiranía de los bienes, de la decepción de la avaricia satánica. Como hijos de Dios nacidos de nuevo, ahora siguen la guía de Cristo, y resisten las fuerzas que intentan separarlos de Cristo y de la unidad de su Cuerpo. Compartir los bienes del amor, en tanto dichos dones se reciban de la mano generosa de Dios, es la impronta del Cuerpo de Cristo, así como fuera también la impronta de Cristo mismo.

5. Exhortaciones y ejemplos bíblicos

Las raíces de la teología anabautista del servicio se establecen así en las tres personas de la Trinidad y en la iglesia como el Cuerpo de Cristo. Los anabautistas creían que los seguidores de Jesús estaban llamados a [realizar] actos sobrenaturales de amor encarnado, servicio y generosidad. Había diversas amonestaciones y exhortaciones bíblicas asociadas con esta interpretación, que reforzaban y profundizaban su entendimiento.

A continuación señalaremos seis exhortaciones y ejemplos bíblicos, y seguramente podrían agregarse más.

5.1. El ejemplo de Cristo: el amor en acción

El ejemplo supremo de amor y generosidad es Cristo mismo, que demostró su amor al morir en la cruz. Los discípulos están llamados a seguir este ejemplo.

Himno 119 del *Ausbund* (estrofa 11)

Él demostró su amor con todo su poder cuando, por nuestro bien,
estaba clavado en la cruz. Su amor siempre fue sincero.

Todos los que quisieran ser sanados deben llegar a ser como él.
(estrofa 12)

Si quisiéramos llegar a ser como Cristo, debemos siempre amarnos unos a otros en la tierra,
no sólo de palabra sino de verdad y con hechos, tal como escribía Juan (I Juan 3:16-18),

“Quien ame sólo de palabra, procure hallar dónde habite ese amor.

(estrofa 13)

“Si uno goza de bienes materiales, sean muchos o pocos, y cierra su corazón cuando ve a su
hermano sufrir necesidades,

y no le da enseguida el don que haya recibido,

¿cómo podría entonces dar su vida por él ante la muerte?

El grado de amor que Jesús ejemplificó, que fue amar hasta la muerte, es el mismo grado de amor que se espera de los miembros de su Cuerpo encarnado permanentemente en la tierra. Este es el amor sobrenatural que se espera que more en el corazón de los creyentes que han nacido de nuevo.

Para plantear la cuestión negativamente, si los miembros del propio cuerpo de Cristo no están dispuestos a compartir sus bienes materiales, que son de Dios y ni siquiera de ellos, ¿cómo se puede esperar que den la vida por los demás? ¿Cómo se puede decir que el amor sobrenatural de Dios (tal como fue ejemplificado en la abnegación de Cristo) mora en las personas que tienen más bienes materiales de los que podrían utilizar y, sin embargo, acaparan estos bienes y les dan la espalda a los hermanos y hermanas necesitados?

Esta es la pregunta que planteara el autor de la primera Epístola de Juan, y era la pregunta que a los anabautistas les encantaba repetir a sus inquisidores, cuando les interrogaban acerca de sus opiniones económicas radicales. En un testimonio escrito en prisión en 1527, probablemente por el anabautista Hans Seckler de Basilea, su justificación fundamental para la solidaridad radical era una referencia a la primera carta de Juan, capítulo 3:17: “Sostengo lo que está escrito [en la primera epístola de Juan, capítulo 3 (:17)]. Si alguien ve que su hermano tiene necesidad, y cierra su corazón contra él, ¿cómo mora el amor de Dios en él?” (QGTS III, 153). El himno del *Ausbund* de 1536 repetía un argumento bíblico común de los anabautistas respecto a compartir bienes por amor a los necesitados. Sin embargo, su lectura de I Juan 3 no está basada simplemente en un “literalismo bíblico”, sino en una sólida y bien fundada teología bíblica del servicio.

5.2. La ley del amor

No sólo era Jesús mismo el ejemplo supremo del amor, dando su vida por los demás, sino que señalaba también el amor como el máximo mandamiento, e instaba a sus discípulos a amar así como él había amado. Los anabautistas eran muy conscientes de la centralidad del amor y su relación con una vida de

servicio. El himno 87 del *Ausbund*, por ejemplo, señalaba la Cena del Señor y el mandamiento de amor de Jesús.

(estrofa 9)

Lo que suceda fuera del amor no puede agradar a Dios.

Tomen nota, por tanto, de este relato que tuvo lugar en la Cena. (Juan 13:34-35)

Cristo les dio a sus discípulos un nuevo mandamiento que es el amor. El Señor Jeucristo les dijo a sus discípulos:

(estrofa 10)

gran “Les doy ahora un mandamiento nuevo que ciertamente deben cumplir, deben amarse unos a otros así como yo me entrego por amor a ustedes, aun hasta la muerte y aflicción. Deberían, pues amarse y servirse de todo corazón unos a otros.

(estrofa 11)

Si se sirven unos a otros, todos reconocerán que son mis verdaderos discípulos.”

El letrista del himno 119 del *Ausbund* cita a I Juan 4:20: “Si alguno dice, ‘Yo amo a Dios’, y odia a sus hermanos o hermanas, es mentiroso; ya que si no ama a su hermano o hermana, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve.” El letrista del himno llega a la conclusión de que la manera de amar a Dios es, sobre todo, amando a los hermanos y hermanas, y concluye diciendo: “¡Tomen nota de esto, ustedes los piadosos! Observen bien el amor”. De hecho, se podría resumir una teología del servicio a partir del mandamiento de Jesús a sus discípulos, que sencillamente deberían amarse unos a otros así como él les había amado a ellos.

5.3. Servicio

Cabe destacar que los himnos del *Ausbund* señalan el “servicio” de tres maneras diferentes. Aunque sepamos que la palabra 'servicio' indicaba expresamente las necesidades *materiales* de hermanas y hermanos, siguiendo el ejemplo de Jesús y la designación de los diáconos por los apóstoles, los letristas anabautistas de himnos subrayaban con igual frecuencia el servicio dirigido a Dios mismo. Cuando se referían al 'servicio', recordaban al Creador y Sustentador de todas las cosas. El himno 109 del *Ausbund* dice:

(estrofa 6)

¡Comprendan! El digno rey, mediante su consejo eterno,
ha fundado el cielo y la tierra de la nada, por medio de su Palabra.

Todas las criaturas juntas fueron creadas para su gloria.

Deben servirle únicamente a él, y serle obediente dado que él es el Señor.

(estrofa 7)

Él ejerce el poder, por tanto, en el cielo y la tierra.

Las escrituras nos enseñan, que Él asume la responsabilidad de todo, mediante su poder.

El himno nos lleva de vuelta al punto de partida de la teología anabautista del servicio, a saber, el honor que se le debe a Dios Creador, cuyas obras maravillosas tenemos el privilegio de disfrutar por un tiempo. Estamos llamados como hijos de Dios, en primer lugar, a servir a Dios en lo que hagamos, respetando la creación de Dios como un don.

El máximo ejemplo de amor y servicio, por supuesto, es el propio Jesús, no sólo por su muerte y sacrificio, sino también por el modo en que se humilló ante los demás cuando estaba en la tierra. Abundan también las referencias en los escritos anabautistas respecto a la manera en que Cristo servía, como en el himno 87 del *Ausbund*, citado anteriormente como un ejemplo de la ley del amor. El himno 119 del *Ausbund*, que también hemos citado anteriormente, menciona el lavado de pies de Jesús a sus discípulos, y lo prologa así:

(estrofa 8)

Tomen en serio, por tanto, la virtud de Jesucristo,
quien en ningún momento procuraba ser servido.

Él dijo, “No he venido para ser servido, (Mateo 20:28)

sino que, por todos los piadosos daría la vida”.

Al servir a los demás, Jesús sirvió a Dios y nos dejó un ejemplo y un mandamiento: deberíamos [compartir] la manera de pensar de Cristo y actuar de igual manera. Pilgram Marpeck lo expresó elocuentemente al escribir lo siguiente en 1532:

Es el Espíritu que da testimonio de Cristo [Romanos 8:16] y revela los dones de servicio del cuerpo de Cristo y del mundo entero; [el creyente] no procura reinar sino que renuncia a sí mismo. Se despoja de sí mismo y entrega todo a los pies de Cristo, y se dedica sólo a servir. Aunque por medio de Cristo es señor e hijo de todos, no considera apropiarse de todas las cosas; en cambio, se humilla para servir, ya que Cristo el Hijo de Dios no consideró su divinidad como un botín sino que sirvió a amigos y enemigos, hizo el bien y amó aun hasta morir [Juan 13:1].” (citado en W. Klaassen, *Anabaptism in Outline*, 58)

El Espíritu da testimonio de Cristo y da fruto del modesto servicio en los creyentes que se han entregado a Cristo.

El tercer modo de “servicio” señalado en los himnos del *Ausbund* es servir a Cristo mismo como el único Señor. El himno 121 llega inmediatamente a la conclusión (seguramente justificada en el siglo XVI) de que servir a Cristo como Señor significaría persecución. ¿Por qué? Porque el mundo se dedica a poseer, pero el creyente se dedica a Cristo el Señor. El himno sostiene que servir a Cristo significaba sobre todo darle la espalda a los bienes y al apego a las cosas terrenales.

Himno 121 del *Ausbund* (estrofa 7)

Dado que Cristo ha señalado que (Mateo 6:24; Lucas 16:13) nadie puede servir a dos señores, debe renunciar a uno.

Debe amar a uno y odiar al otro.

(estrofa 8)

Por tanto, quienquiera servir a Cristo, que se entregue voluntariamente. Debe sufrir persecución.

Así pues, sigue a Cristo y rehuye el mal.

(estrofa 9)

Sin duda, pronto será despreciado. Por Cristo debe sufrir insultos de este mundo malvado, que deposita sus esperanzas en los grandes bienes, en plata, oro y dinero.

(estrofa 10)

Pero todo esto desaparecerá, y quien se entregue a ello, perecerá con ello. Aunque tuviese el mundo entero, no obstante, finalmente deberá morir.

(estrofa 11)

¿De qué sirven entonces sus grandes bienes, los cuales dañan su alma?

¿Cómo lo salvará? No existen tesoros terrenales que puedan ayudarlo.

Ya no podrá sanarse.

(estrofa 12)

Consideremos ahora el Evangelio (Lucas 16:19-31).

Nos cuenta de un hombre rico que tenía que morir de esa manera porque quería vivir y ser feliz. Seguramente, pues, tenía que morir pronto.

(estrofa 13)

Así les sucederá a todos los que acumulen tesoros para sí y desprecien la palabra de Dios, y prefieran dedicarse a los bienes temporales.

No toman en cuenta lo eterno.

Al letrista anabautista de himnos le parecía clara la dura elección entre servir a Cristo y servir a Mammón: uno sirve a un señor o al otro. Servir a Jesucristo es el camino de la vida; servir a Mammón es el camino de la muerte.

Entre los escritores anabautistas, Pilgram Marpeck era quien tenía un interés especial en el concepto del servicio como la función principal de la iglesia. Marpeck entendía que la iglesia, el Cuerpo de Cristo,

tenía una vocación particular de encarnar la presencia de Dios en el mundo por medio del servicio. Vale la pena repetir sus palabras y reflexionar más a fondo sobre ellas.

“...todo servicio externo de Cristo, y de quienes pertenecen a él durante el tiempo de su vida mortal, sirve y prepara el camino para el Espíritu Santo. [Dicho servicio externo consiste] en predicación externa, enseñanzas, milagros, bautismo, lavado de pies, la Cena del Señor, disciplina, reprimendas y amonestaciones ... A fin de conservar la verdadera hermandad de los fieles, se nos ha ordenado mantener la excomunión, junto con la Cena del Señor, en memoria del amor verdadero de Cristo y el misericordioso acto de su muerte. Durante el tiempo de su vida mortal, Cristo no reinó; él sirvió. Envió a los suyos a servir, no a reinar. El hombre debe ser servido por Cristo y los suyos, y el hombre debe estar preparado para el Espíritu Santo.” (citado en W. Klaassen, *Anabaptism in Outline*, 78).

En el marco de un concepto profundamente misional, Pilgram Marpeck señala que la obra “externa” del servicio realizado por la iglesia y sus miembros, el Cuerpo de Cristo, en realidad prepara la obra del Espíritu Santo. Las funciones “litúrgicas” o “del culto [de adoración]” de la iglesia, desde la proclamación de la Palabra a celebrar las sagradas ordenanzas, en realidad son “servicios” realizados para preparar el camino para la venida y presencia del Dios vivo, en la persona del Espíritu Santo. El “servicio”, entiende Pilgram Marpeck, es un todo: proclamación es “servicio”, tanto como servir y responder a las necesidades materiales de nuestros vecinos.

Existe la tentación en nuestra época de separar el “servicio” en el sentido de ayuda material para los necesitados, de nuestro servicio “religioso” de adoración a Dios. Marpeck y los letristas de himnos del *Ausbund* nos recuerdan, que como miembros del Cuerpo de Cristo, nuestro servicio es tanto culto de adoración como generosidad. Nuestro servicio es un todo inseparable, no una opción de uno u otro.

Como último eje de reflexión, a continuación, quisiera plantear que nuestro culto y nuestro servicio pueden y deberían unirse deliberadamente e integrarse uno con el otro. Como Cuerpo de Cristo, se nos han dado muchas oportunidades, como señalara Marpeck, para encarnar el amor de Dios en el mundo por medio de nuestro servicio de culto de adoración y alabanza, como así también por nuestro humilde servicio a quienes sufren necesidades.

5.4. Generosidad

En vista de lo anterior, podría parecer hasta excesivo mencionar la generosidad como una virtud que sería manifestada por los hijos de Dios nacidos de nuevo. Uno podría simplemente asumir que quienes nacieron del Espíritu de Cristo y están dedicados al servicio por amor a Dios y a los demás, serían generosos con los dones que han recibido. Menno Simons seguramente pensaba así. Es muy conocida su acusación de la falta de generosidad de los “supuestos cristianos”.

¿No es lamentable e intolerable la hipocresía de esta pobre gente que se jacta de tener la Palabra de Dios, de ser la verdadera iglesia cristiana, y nunca recuerda de que ha perdido completamente la marca del verdadero cristianismo? Porque, aunque muchos de ellos tengan mucho de todo, vivan rodeados de seda y terciopelo, oro y plata, y de toda clase de pompa y esplendor ...sin embargo, sufren el hecho que muchos de sus propios miembros pobres y afligidos (...que han recibido un solo bautismo y participado del mismo pan con ellos) pidan limosna; y necesitados, hambrientos, sufrientes, ancianos, lisiados, ciegos y enfermos mendiguen el pan a su puerta. (citado en W. Klaassen, *Anabaptism in Outline*, 241)

Sin duda, en 1552 cuando Menno escribió estas palabras, no se imaginaba que jamás pudieran aplicarse a ningún cristiano que llevara su nombre. Dirigía sus comentarios a “los demás cristianos”. Menno creía que “el verdadero cristianismo” sería reconocido por el trato a los necesitados (Mateo 25:31-46). Deberíamos reflexionar hoy día sobre sus palabras.

5.5. Bienes

El tema de cómo abordar los bienes terrenales ha estado presente en cada faceta de la reflexión anabautista sobre el servicio cristiano. A partir de lo que ya se ha dicho, es evidente que los anabautistas

del siglo XVI tenían una perspectiva muy radical acerca de los bienes, y ya sostenían la idea de que las nociones sobre la “propiedad” provenían del diablo mismo. Desde el comienzo, los anabautistas fueron acusados de predicar la “comunidad de bienes”, siguiendo el ejemplo de la primera iglesia en Hechos 2 y 4, en la que los miembros colocaban sus bienes a los pies de los apóstoles, y todos recibían “de acuerdo a sus necesidades”.

La lógica del caso llevó ciertamente a los anabautistas a ser más proclives a practicar la comunidad de bienes: como ya hemos visto, su teología los predisponía en esta dirección. Pero entonces, la pregunta que se planteaban los anabautistas era la siguiente: ¿podremos seguir “poseyendo” bienes si no estamos *apegados* de corazón a dichos bienes? ¿O debemos entregar nuestros bienes al cuidado de la comunidad de la iglesia, siguiendo el ejemplo apostólico en Hechos? Una diferencia de opinión sobre esta cuestión dio lugar a una división entre anabautistas: los Hermanos suizos y los menonitas estaban de acuerdo con la primera de estas perspectivas; los huteritas con la segunda. Citaremos sólo un ejemplo de cada una de las partes.

Ulrich Stadler, antiguo y elocuente orador, escribía en 1537 a favor de la postura comunitaria. A partir de la lógica de la unidad del Cuerpo de Cristo, llegó a la sencilla conclusión de una comunidad de la iglesia unida económicamente.

En resumen, *uno, común*, construye la casa del Señor y es puro; pero *mío, tuyo, de él, propio*, divide la casa del Señor y es impuro. Por tanto, donde existe propiedad y uno la posee, y es de él, y no desea ser uno con Cristo viviendo y muriendo con los suyos, está fuera de Cristo y su comunión, y así pues, no tiene Padre en el cielo. Si así lo dijera, mentiría. (citado en W. Klaassen, *Anabaptism in Outline*, 235-6)

Jacob Hutter, Peter Riedemann, Peter Walpot y otros escritores huteritas ampliaron y siguieron desarrollando el concepto de Stadler. Peter Riedemann escribía en 1542, por ejemplo,

Desde el principio, Dios no ordenó nada privado para el hombre, sino que todas las cosas serían comunes. Pero, por apropiarse indebidamente, dado que el hombre tomó lo que no debía y dejó lo que debía tomar, atrajo las cosas hacia sí mismo y las convirtió en su propiedad, creció y se endureció por ello. (citado en W. Klaassen, *Anabaptism in Outline*, 238-9)

Los argumentos huteritas eran sólidos, siguiendo el razonamiento teológico ya bien establecido por los primeros anabautistas.

Como portavoz de los anabautistas no comunitarios podemos citar a Pilgram Marpeck. Marpeck tenía sus raíces en Moravia (donde los huteritas comunitarios tenían numerosas comunidades) y había discrepado con los huteritas. En 1542, escribía lo siguiente, teniendo claramente presentes a los huteritas:

Sin embargo, no había coerción o mandamiento alguno, que hiciera (a los creyentes de Hechos) compartir todo comunitariamente. Más bien, compartían sencillamente motivados por un amor libre, propiciando una comunidad de un solo corazón y alma. ... Entre los creyentes, sólo se brindaba amor libremente, sin ninguna coerción. Cada individuo podía dar o retener. Tal práctica difiere de la práctica de quienes, deseosos de tener propiedad comunitaria, más por codicia que por amor, obligan a los demás a dar, aunque la propiedad comunitaria fuera mejor cuando surgía de la libertad del amor. Los corintios, macedonios y romanos no compartían sus bienes, como Pablo lo expone claramente en I Corintios 16:1-2. (ya citado). Aquí se puede apreciar claramente que la comunidad de bienes no se practicaba en todas las iglesias.

Pero, aunque controlaran sus bienes, dichos creyentes verdaderos no sentían de corazón que [los bienes] fueran de ellos; más bien, sus bienes pertenecían a Dios y a los necesitados. Por tal motivo, entre los verdaderos cristianos que manifestaban la libertad del amor, todas las cosas eran comunitarias y eran como si hubieran sido ofrecidas, dado que fueron ofrecidas de corazón. (Klaassen y Klassen, *Writings of Pilgram Marpeck*, 279)

Para Marpeck, “obligar” a los creyentes a dar todos sus bienes a la comunidad de la iglesia, era desconocer algo central: que dar y compartir debía surgir de un corazón lleno de amor, no de un acto de obediencia que exigiera una ley externa. Los huteritas refutaban este argumento planteando que si los

corazones estuvieran realmente llenos de tal amor, no sería un problema vivir en una comunidad de bienes.

Dejaremos aquí el debate, mencionando solamente que aun sosteniendo el argumento no comunitario de Marpeck, la conclusión acerca de los bienes sigue siendo bastante radical: los verdaderos creyentes no reclaman bienes, “dado que sus bienes pertenecen a Dios y a los necesitados”.

5.6. Mayordomía

Podemos también ser breves respecto a la mayordomía, dado que el argumento ya se ha planteado anteriormente: no somos dueños de parte alguna de la creación de Dios; somos sencillamente “mayordomos” o cuidadores de lo que se nos ha dado como un don. Así escribía en 1526 Balthasar Hubmaier, que no era un anabautista “comunitario”:

“...[todos] deberían tener consideración por su vecino, así se daría de comer al hambriento, se refrescaría al sediento, se vestiría al desnudo. Porque no somos señores de nuestros propios bienes, sino administradores y distribuidores. Indudablemente, nadie podría afirmar que debería apropiarse de un bien individual y convertirlo en propiedad colectiva; sino más bien, diríamos: al que quisiera tomar tu capa, déjale también tu abrigo.” (citado en W. Klaassen, *Anabaptism in Outline*, 233)

Hubmaier niega aquí el persistente rumor de que los anabautistas obligaban a los miembros a renunciar a sus bienes y compartirlos comunitariamente. No, decía, lo único que manifestamos es que damos voluntariamente a los que tienen necesidades. O, como declaró Heine Seiler, prisionero anabautista en Berna en 1529, “un cristiano tiene sus propios bienes, pero donde haya pobres, comparte con ellos y hace lo correcto, puesto que no es más que un cuidador”. (QGTS III, 203).

Ésta constituye la afirmación fundamental de una teología anabautista del servicio: somos cuidadores y mayordomos de la creación de Dios, no sus dueños. La tierra es del Señor.

6. Afirmaciones litúrgicas

Como reconocieron Pilgram Marpeck y otros anabautistas, el “servicio” incluye adoración, proclamación, oración y alabanza, como así también servir generosamente como respuesta a las necesidades de los demás. Para finalizar este esbozo de una teología anabautista del servicio, parecía oportuno reflexionar sobre cómo podrían enfocarse las ordenanzas de Bautismo y la Cena del Señor que practicamos, para expresar más abiertamente la teología del servicio que se encuentran implícitamente en estos actos simbólicos. De igual modo, vale la pena señalar que en el siglo XVI, el acto litúrgico simbólico del lavado de pies constituía una referencia directa al servicio, en obediencia al pedido de Jesús de que sus seguidores hicieran lo mismo. Y por último, se incorporó también al culto anabautista del siglo XVI, el “arca o fondo común”, distribuyendo los fondos excedentes a los necesitados; en general, se hacía deliberadamente como parte de la celebración de la Cena del Señor.

Es decir, una teología del servicio puede y debería integrarse en nuestra vida de culto, como una expresión simbólica y venerable de la vida cristiana de servicio a la que nos hemos comprometido. El “servicio” no debería ser un factor agregado, una ocurrencia tardía tras finalizar la oración y el canto, sino que es más bien necesario que se integre como parte vital de nuestra oración y alabanza.

No hay tiempo para seguir elaborando esta perspectiva, pero espero que otros se inspiren a fin de integrar estrechamente el servicio en nuestro culto, y el culto en nuestro servicio. Son inseparables.

6.1. Bautismo

La ordenanza del bautismo (del Espíritu, agua y sangre) se celebra en nuestras comunidades con el bautismo de agua de los adultos, ya sea por aspersion o inmersión. En esta ocasión de proclamación y testimonio públicos, podríamos y deberíamos aprovechar la oportunidad para explicar que con el agua, proclamamos también la dedicación de una vida al servicio cristiano. Menno Simons escribía en 1552:

Quienes aceptan a este Cristo anunciado mediante una fe verdadera... muestran que ellos creen verdaderamente, que han nacido de Dios y son personas espirituales; que llevan una vida piadosa e irreprochable ante todos los hombres. Han sido bautizados de acuerdo al mandamiento del Señor como prueba de que han sepultado sus pecados en la muerte de Cristo, y procuran andar con él en una nueva vida. (citado en W. Klaassen, *Anabaptism in Outline*, 69-70)

La “nueva vida en Cristo” que celebramos y proclamamos con el bautismo de agua, constituye un compromiso público potente, y un testimonio de que quienes fuimos bautizados tenemos la intención de servir a los demás así como Cristo nos ha servido a nosotros.

6.2. La Cena del Señor

Estamos acostumbrados a aclarar que la celebración de la Cena del Señor de los menonitas y los Hermanos no es un ‘sacramento’, sino una ‘recordación’. Estamos menos acostumbrados a aclarar que al celebrar la Cena del Señor, celebramos también el amor incondicional unos por otros, hasta la muerte si fuera necesario. La Cena del Señor podría constituir un momento profundo para reafirmar nuestro compromiso de amarnos y servirnos unos a otros, y al mundo. Pilgram Marpeck escribía en 1542:

“Por tanto, si nos proponemos preservar la Cena del Señor correctamente, es fundamental que, al amarnos unos a otros, estudiemos diligentemente y sigamos seriamente el ejemplo de nuestro Maestro. ... Recordemos que la Cena del Señor podría considerarse justificadamente como una reunión física. Cuando los cristianos se reúnen, han de estar ceñidos de amor unos por otros, al igual que Cristo los amó a ellos, para que pudieran así confirmar y revelar el amor de los creyentes en Cristo.” (Klaassen y Klassen, *Writings of Pilgram Marpeck*, 264)

Nuestras celebraciones de la Cena del Señor son “reuniones físicas”, eventos tangibles. Así también debiera ser el amor que nos profesamos mutuamente en dichas reuniones físicas: el amor se debe revelar en acción y ello revela el amor de Cristo.

Como escribía Menno Simons en 1552: “Quienes aceptan a este Cristo anunciado mediante una fe verdadera... parten el pan de la paz con sus amados hermanos como prueba y testimonio de que son uno en Cristo y su iglesia santa ... Ellos andan en amor y misericordia, y sirven a sus vecinos.” (citado en W. Klaassen, *Anabaptism in Outline*, 70) O por otro lado, como Dirk Philips dijera tan elocuentemente, lo que quisiéramos decir con la celebración de la Cena es: “Con los dones que recibimos de Dios –ya sean espirituales o naturales– de igual modo servimos a nuestros miembros para la perfección y edificación del cuerpo de Cristo, y todo ello en amor”. (citado en W. Klaassen, *Anabaptism in Outline*, 135)

La Cena del Señor puede y debería proclamar una teología del servicio como parte integral de su agradecimiento y recordación del sacrificio de Cristo.

6.3. Lavado de pies

Pilgram Marpeck, quien parece haber sido uno de los primeros anabautistas en practicar el lavado de pies como una ordenanza, escribía lo siguiente como parte de su reflexión sobre la Cena del Señor, citada anteriormente:

Después de que Cristo lavara los pies de sus discípulos, les dijo, entre otras cosas: “Les he dado un ejemplo, para que ustedes hagan lo mismo que yo les he hecho”. (Juan 13:15). Sin duda alguna, mediante sus palabras, Cristo quería que todos sus apóstoles –que estaban preparados para morir con Él– comprendieran claramente que debieran observar la Cena del Señor en memoria de Él, como ejemplo de amor. (Klaassen y Klassen, *Writings of Pilgram Marpeck*, 264)

Recrear simbólicamente la humilde acción de Jesús de lavar los pies, expresa un lenguaje potente de humildad y servicio. Dirk Philips, quien instituyó el lavado de pies como la “tercera ordenanza” de la iglesia, creía que el lavado de pies debería simbolizar, en primer lugar, el lavado del pecado por Jesús, “para que podamos ser más limpios día a día”, pero Philips escribía:

La segunda razón por la que Cristo instituyó el lavado de pies es que deberíamos humillarnos unos con otros, Romanos 12:10; Filipenses 2:3; 1 Pedro 5:5; Santiago 4:10, y tener a los compañeros de

nuestra fe en gran estima, Romanos 12:10; por dicho motivo, son santos de Dios y miembros de Jesucristo, Colosenses 3 [:12-]13; y que el Espíritu Santo vive en ellos, I Cor. 3:16. Este Cristo nos enseña con [las palabras de Juan 13:14-17].” (Dyck, Keeney, Beachey, *The Writings of Dirk Phillips*, 367-8)

Aquí Dirk Philips va mucho más allá de una simple “imitación de Jesús” y señala la profundidad de nuestro amor y preocupación por nuestras hermanas y nuestros hermanos del Cuerpo, como personas en las que vive el Espíritu Santo. Uno recuerda entonces otras tradiciones de fe que respetan lo divino en los demás mediante gestos simbólicos. Dado el concepto anabautista del nacimiento de Cristo internamente, tal interpretación del acto simbólico del lavado de pies es apropiado e impactante. En muchos aspectos, el lavado de pies simboliza y expresa, por cierto, una profunda teología del servicio.

6.4. El “arca” o fondo común

Cuando consideramos la práctica de los anabautistas del siglo XVI, cabe mencionar que los primeros anabautistas incorporaron la acción de dar al 'fondo común' como parte del culto. En nuestras iglesias de hoy día, ello se expresa al 'recoger la ofrenda', y podría estar algo distanciado de una teología del servicio en todo el sentido del término. En las circunstancias más difíciles del siglo XVI, las necesidades eran más apremiantes y la acción de dar al fondo común estaba estrechamente ligada a apoyar a los necesitados.

Leopold Scharnschlager*, colaborador de Pilgram Marpeck, describía dicha práctica. Vale la pena citarla detalladamente, dado que es una de las pocas descripciones que existen de cómo la acción de “dar” se incorporó al culto del siglo XVI.

Cuandoquiera que se hayan así reunido, un anciano o, si no hubiera, un hermano superior, en el nombre de Jesucristo, debería preocuparse por los miembros pobres. Ello debería hacerse con palabras sabias, sinceras, amables, no ofensivas ni agresivas, sino con palabras serias y fervientes [a los miembros en su conjunto] para que su corazón se conmueva hacia la buena voluntad y la misericordia, y que el camino y el poder del amor crezcan de acuerdo al beneplácito de Dios. Sobre todo, un hermano siempre debería tener cerca una caja o bolsa con el conocimiento de los miembros de la iglesia, para que cada miembro sepa que una ofrenda o agradecimiento podría ser colocada libremente adentro de éstas, si el Señor así lo exhortara, ya sea durante la reunión o después. Esto se debería hacer a fin de que, cuando fuera necesario, se les diera algo a los pobres según las necesidades de cada uno y el monto disponible. El hermano que esté a cargo del dinero, lo distribuirá diligentemente y en buena conciencia y en temor a Dios. ...es un santo oficio (Hechos 6:1ss.). (citado en W. Klaassen, *Anabaptism in Outline*, 128)

Aquí se observa que en 1540 en la reunión del culto de la congregación de Scharnschlager, se enfatizaba deliberadamente la atención y el cuidado de los “miembros pobres”, y que un miembro de confianza actúa como “diácono” supervisando el fondo común. El “arca” común es una expresión del culto, y las donaciones se dan conforme vayan creciendo “la manera y el poder del amor”.

En otro testimonio, el pastor anabautista Pfistermeyer del siglo XVI presentó un informe sobre el apoyo a los pastores. Informaba a las autoridades sobre su experiencia en las iglesias:

... una vez que se hayan ocupado de los necesitados, el saldo se usaría para apoyar a los pastores. Todo lo que sobrara después de ello, se distribuiría a los pobres. (citado en W. Klaassen, *Anabaptism in Outline*, 124)

En los territorios suizos en 1531, se “apoyaba” a los pastores en su labor sólo después de que se hubiese atendido a los pobres, pero es evidente que los fondos para hacer ambas cosas provenían del “arca” común financiado por las donaciones de los miembros de la iglesia. Era clara la conexión entre el culto y la acción de donar: atender a los necesitados era parte integral de adorar y alabar a Dios.

7. Conclusiones

La teología anabautista del servicio está arraigada en las Escrituras, que se lee e interpreta de una determinada manera. El concepto anabautista del relato bíblico de la creación y la caída humana en el pecado, es fundamental para comprender el enfoque anabautista, dado que la 'posesión' de bienes es considerada como la manifestación del pecado y la caída, y como parte de la rebelión humana en contra de Dios. En segundo lugar, el concepto anabautista de que la obra de Jesucristo es tanto 'para nosotros', como 'en nosotros', constituye también un elemento fundamental de la teología anabautista del servicio. La obra redentora de Cristo debe arraigarse en nuestro corazón si vamos a ser partícipes del reino de Dios como hijos de Dios nacidos de nuevo. Renacer por medio del Espíritu Santo reorienta así nuestra tendencia a caer en el pecado, e incluye en esta reorientación revertir nuestra tendencia a apropiarnos de 'bienes'. Todo lo creado pertenece legítimamente a Dios. Por último, la teología anabautista del servicio se expresa concretamente en el Cuerpo de Cristo, que cumple con el servicio bondadoso que Cristo inició y continúa por medio de los suyos.

La bisagra de la que depende la teología del servicio, es, por tanto, espiritual, que no obstante, redundará en una nueva vida visible que refleje el carácter de Cristo. Menno Simons así describía el carácter de Cristo: era "humilde, manso, misericordioso, justo, santo, sabio, espiritual, sufrido, paciente, pacífico, precioso, obediente y bueno". (CWMS, 55-6) Esta es la representación ideal, entonces, de la naturaleza y del carácter propios de un cristiano, en la medida que el creyente se haya "entregado" a la obra del Espíritu Santo.

Creo que es importante subrayar el elemento espiritual al describir la teología anabautista del servicio, en especial porque en nuestra época, los aspectos espirituales y físicos del "servicio" se han separado tantas veces en la práctica. En la teología anabautista del servicio, es decir, en el concepto diaconal que se encuentra al comienzo de nuestra tradición de fe, no hay espacio para dicha separación del cuerpo y el espíritu, o del culto y el servicio. La obra divina de servir, respondiendo a las necesidades mutuas según surjan dichas necesidades, se nutre espiritualmente desde sus raíces o no existirá como testimonio cristiano. El servicio cristiano apela a nuestros recursos espirituales en tanto exige una explicación de nuestra posición ante Dios, de nuestra condición espiritual de "entrega" al poder vivo del Espíritu en nuestras vidas, de la confianza mutua como miembros del Cuerpo de Cristo, de nuestra confianza en el poder, la providencia y el cuidado de Dios (en vez de la dependencia en nuestros propios recursos custodiados).

Así pues, para que una teología anabautista del servicio siga manteniéndose en la tradición anabautista, es necesario que encuentre el marco natural en la vida espiritual y del culto de nuestras comunidades eclesiales. Es necesario que esté arraigada en este fundamento y en esta base, y que a partir de allí pueda crecer.

Con el paso del tiempo, nuestra tradición de fe descubrió que escaseaban los miembros perfectamente regenerados en el Cuerpo de Cristo, siendo superados por la cantidad de miembros imperfectamente regenerados. Así nuestra tradición de fe llegó al terrible descubrimiento de que la iglesia perfectamente encarnada era más una esperanza para el futuro, que una expectativa realista para el presente. Esta triste realidad era bastante evidente ya en vida de Menno, en tanto dedicó sus últimos años a no predicar sobre el nuevo nacimiento (como hacía en sus comienzos), sino más bien a procurar conciliar la disciplina y escisión de la iglesia. La 'iglesia pura' aún no existe; y tal como parece ahora, la implementación perfecta de una teología anabautista del servicio también tendrá que aguardar la gloriosa segunda venida de Cristo.

No obstante, en estos tiempos del 'aún no', seguimos llamados a la misma fundamental reorientación espiritual y de vida que identificaran nuestros antepasados de fe. En los más o menos cuatrocientos años transcurridos, nuestra tradición de fe ha tenido que negociar y renegociar los límites de vivir fielmente, como lo demuestra la lectura de nuestra historia. Quizá podamos decir que el ideal diaconal anabautista sea justamente eso –un ideal que no se puede llevar a la práctica perfectamente– pero no creo que podamos decir que nuestros antepasados de fe estuvieran equivocados en su lectura respecto a lo que hemos sido llamados como discípulos de Cristo.

Me parece que es necesario un poco de reorientación. En primer lugar, estamos llamados a una nueva vida en Cristo, aunque deberíamos reconocer constantemente la necesidad de la gracia y ayuda continuas de Dios: nos hace falta ayuda espiritual a diario. En segundo lugar, deberíamos reconocer abiertamente nuestras limitaciones y esfuerzos imperfectos. Juntos encarnaremos el Cuerpo imperfecto de Cristo. Aunque en la medida que sigamos injertados en la vid, tendremos la promesa de que el fruto del amor se manifestará tangible y físicamente.

Que así sea.

Arnold Snyder
2 de mayo de 2012

Traducción: Eunice L. Miller, Marisa Miller
31 de enero de 2017

Fecha de aprobación: mayo de 2012
Aprobado por: Concilio General del CMM
